

La Rebelión Contra la Sociedad de Consumo

Uno de los fenómenos representativos de nuestra época junto al arte abstracto, la minifalda, las máquinas electrónicas y la exaltación de la juventud es la rebelión contra la sociedad de consumo. En ese movimiento participan con frenesí los variados sectores de la *intelligentsia* que se colorean con algunos de los múltiples tintes del marxismo, o que se autotitulan sin precisar demasiado el sentido de esos títulos «revolucionarios» o «de izquierda». Incluye así las más diversas personalidades. Desde jóvenes emocionales e iracundos, al estilo del líder estudiantil franco-alemán Daniel Cohn Bendit, hasta sesudos y eruditos docentes, que profesan en los más calificados centros educativos de Occidente, como el Profesor Herbert Marcuse.

El hecho de que el movimiento haya adquirido una resonancia tan general muestra que tiene, como casi todas las actitudes ideológicas, alguna parte de razón. Es legítimo protestar contra una colectividad que antepone los valores materiales a los valores del espíritu. Contra gentes que, arrellanadas en sus cómodas poltronas, olvidan los trágicos problemas sociales del mundo en que vivimos. Contra individuos ¿los llamaremos alienados para emplear el término *à la mode*? que centran su aspiración vital en adquirir el último modelo de automóvil, sin que tenga realmente a donde ir, o el más reciente modelo de televisor, sin que les sirva para otra cosa que para contemplar los más deleznables novelones.

Mas la forma como se manifiesta esa protesta pone de relieve la esencial confusión de ideas que es propia de nuestra sociedad y, en particular, de aquellos que pretenden ser los artífices de su transformación.

¿Qué es, ante todo, la sociedad de consumo? Con este término, que a grandes rasgos se identifica con la moderna sociedad industrial y capitalista, se hace generalmente referencia a un sistema socio-económico que tiene por rasgo y propósito esencial satisfacer, a través de los mecanismos de la competencia y el mercado, los requerimientos de consumo de las grandes masas.

Ahora bien, los críticos de ese sistema y de esa sociedad, que son generalmente hombres que no se han dedicado nunca al estudio riguroso de los problemas económicos, olvidan tres aspectos fundamentales.

Sociedad de Consumo y Sociedad de Poder

Olvidan, en primer término y este es el aspecto más importante de todos que las dos únicas alternativas, abiertas a las sociedades humanas para organizar la economía y los recursos productivos, son las de hacerlo en función de los requerimientos individuales de los hombres que integran la comunidad o en función de los propósitos de la minoría que detenta el poder colectivo. Lo primero la sociedad de consumo es lo que ocurre, con más o menos limitaciones, en los países del mundo occidental donde los recursos son dirigidos por la demanda que ejercen, en el mercado, los consumidores. Lo segundo la sociedad de

poder es lo que sucede, también en mayor o menor grado, en los países del llamado mundo socialista, donde la oligarquía dirigente del partido único maneja los recursos productivos y dispone de la vida, de la libertad y del modo de pensar de los miembros de la comunidad. El sistema occidental, no sólo asegura una inigualable eficiencia del proceso productivo, sino que estimula la espontaneidad y energías creadoras del individuo, y encauza el trabajo de todos y de cada uno de los hombres hacia los productos que reclaman los mismos hombres que suministran ese esfuerzo. El sistema colectivista, por el contrario, no sólo es fuente de ineficiencia y despilfarro de recursos, sino que dirige el trabajo de todos y cada uno de los hombres hacia los productos que interesan a la oligarquía dominante. Y entre esos productos ocupa un lugar sobresaliente el aparato policial y propagandístico destinado a sojuzgar la conducta y a doblegar el pensamiento de los súbditos del nuevo Leviathan. El sistema del mercado y de la sociedad de consumo no es ciertamente capaz de generar por sí solo las más altas creaciones culturales. Mas sí es un sustituto el único sustituto posible de un sistema basado en las privaciones, la regimentación y la inquisición ideológica y policial, esto es, en la más despiadada y brutal de las alienaciones

Hombres y Sistemas

Esos críticos olvidan, en segundo lugar, que si la sociedad de consumo produce objetos inútiles o aun reprobables, ello no es imputable a la mecánica del sistema, sino a la mentalidad de los hombres que los reclaman. El problema no radica por lo tanto en destruir el sistema, so pena de caer en las frustraciones del servilismo colectivista sino en educar, en su más profundo sentido, a los hombres. Lo cual es, evidentemente, algo muy diferente de convertir a un analfabeta en alguien capaz de leer panfletos demagógicos o novelas pornográficas.

El mercado es, en efecto, una institución tan insustituible como neutral. Sirve lo que los hombres piden. Nadie está obligado a comprar lo que el mercado ofrece. Y en los casos excepcionales, en que lo está, es porque se han infiltrado en la sociedad de consumo los rasgos ominosos de la sociedad de poder. Si los hombres reclaman instrumentos útiles y obras literarias y artísticas valiosas, en vez de baja literatura y productos estúpidos o perniciosos, será aquello y no esto lo que les servirá el mercado en una libre sociedad de consumo. No critiquemos, por lo tanto, a una maquinaria eficiente por el hecho de que produce las mercancías que nosotros le pedimos. Mejoremos, en cambio, progresivamente la educación y el discernimiento de los hombres para que, a la hora de elegir, esto es, a la hora de ejercer la más primaria, esencial y permanente de las funciones humanas, sepan distinguir entre Cristo y Barrabás.

Bienestar y Libertad

La crítica de la sociedad de consumo ha cobrado, por último, matices tan apasionados y morbosos que se complace ordinariamente en destacar, como si fueran sus únicos o principales productos, los más objetables aspectos del consumo: los artículos nocivos para la salud, las obras destructivas del espíritu, los adornos aparatosos y superfluos que sólo sirven para pregonar la propia estupidez ante la estupidez equivalente del vecino.

Olvidan, sin embargo, que esa sociedad de consumo es la que ha logrado elevar las condiciones de vida del hombre a niveles absolutamente insospechados en siglos y milenios de historia. Es la que ha hecho posible el fabuloso desarrollo de la ciencia y de la

tecnología. Es la que ha conseguido poner mercancías tan valiosas para el cuerpo y el espíritu del hombre, como alimentos saludables, medicinas, obras literarias, obras musicales, etc., al alcance práctico de cualquier ciudadano.

Podemos aún llegar más lejos. La sociedad de consumo ha liberado, hasta tal punto, a los hombres de las presiones a que estuvieron sometidos durante milenios por el hambre, el despotismo y la enfermedad, que les ha dejado tiempo ocioso para discurrir sobre su vida y su destino. Ese es en gran parte el tiempo que muchos de ellos, impulsados por su propia frustración, dedican a esa falsa actitud de profeta. Las más calificadas protestas contra la sociedad de consumo no se producen, en efecto, en las áreas depauperadas de Asia, de África o de América Latina. Tampoco se producen en los llamados países socialistas, donde no se puede discurrir ni protestar. Se producen, por el contrario, en los medios intelectuales más refinados de Occidente, en los *boulevards* de París o en los campus universitarios de Massachusetts o de California.

En la época convulsa en que le tocó vivir, Goethe reclamaba a sus contemporáneos más luz para ver con claridad los problemas. Ese reclamo está hoy de nuevo plenamente en pie. Es preciso evitar que se mezclen, con infantil, estúpida o infame indiferencia, la crítica que responde a los más serios motivos, de la crítica que se basa en la ignorancia, la pasión o la frivolidad.

Rechacemos con energía los aspectos social o moralmente objetables de la sociedad contemporánea. Investiguemos y apliquemos con decisión los medios efectivos para eliminarlos, para corregirlos o para atenuarlos. Pero no contribuyamos como lo están haciendo todos los días los más torpes y algunos de los más estimables espíritus del planeta a destruir las bases de un sistema social que es el único que puede servir para extinguir la miseria, la enfermedad y la frustración y para cimentar la organización de los pueblos sobre el respeto a la suprema dignidad del hombre.